

LA VIDA RELIGIOSA DEL EDUCADOR EN FUNCION DE LA VIDA APOSTOLICA

José RODRIGUEZ MEDINA

Salamanca

Las ideas que expongo en estas páginas constituyen reflexiones y sugerencias sobre la espiritualidad del educador. Se han redactado pensando especialmente en los Hermanos educadores, si bien tienen aplicación más general para los educadores religiosos de ambos sexos y para los sacerdotes e incluso seglares. Queda, con todo, en pie que al redactar hemos pensado en los Hermanos educadores a quienes en diversas ocasiones hemos comentado estas ideas. Incluso muchas de ellas han brotado reflexionando al compás de la vida y actuación concretas de los educadores a quienes les será fácil ver reflejada aquí su existencia personal y apostólica.

Muchas de estas sugerencias vendrían mejor acaso en una revista sobre la vida religiosa. Creo, con todo, que no son inoportunas en una publicación que se ordena a los religiosos en cuanto educadores, es decir, en cuanto que deben poseer una forma de existencia y de conducta tal que toda su vida se ordene a su misión educadora.

En estas páginas se da importancia evidente al enfoque sicológico de la vida religiosa y apostólica. Ello responde a la propensión quasi espontánea de su autor. Responde también a la realidad misma de las cosas en las que objetividad y subjetividad se interfieren e influyen. Lo justifica finalmente el sello que actualmente está dando la misma Iglesia al estudio de los problemas humanos y religiosos con los cuales se enfrenta no sólo en su esencialidad cuanto en su facticidad existencial. Pensamos en diversos documentos conciliares que justifican nuestra postura: Iglesia y mundo actual, formación sacerdotal, vida religiosa, medios de comunicación social...

El autor siente especial satisfacción en declarar que estos pensamientos y soluciones no sólo están en la línea abierta de los documentos capitulares de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sino que quedan incluso superados por éstos.

Al redactar, pienso, finalmente, en los educadores que están ya entregados a su labor apostólica, meritoria y ardua. Deseamos invitarles hoy a reflexionar sobre las razones religiosas y sicológicas de su acción.

El proceso o esquema de nuestro trabajo es el siguiente:

Comenzamos señalando algunas coordenadas de la vida espiritual, en sentido estricto, del educador, la forma específica de su interioridad, de su encuentro con Dios y con los valores más típicamente sobrenaturales: su forma de oración, el alimento espiritual o contenido que ha de imprimir a su vida interior.

Intentaremos después realizar algunos sondeos sobre el sustrato humano, antropológico, encarnado, sicológico que debe tener la existencia personal del educador. Quisiéramos aquí poner de relieve el papel decisivo que todo lo humano, lo afectivo, lo individual tiene a la hora de realizar la obra apostólica, ya que ésta llevará necesariamente el sello y características del individuo que la acomete.

Terminamos con algunas sugerencias sobre el entramado y los mecanismos determinantes de la vida relacional o comunitaria del educador. Nunca se dirá lo suficiente sobre cuánto importa

crear en él el sentido comunitario sin el cual es imposible realizar una labor verdadera.

I. LA VIDA ESPIRITUAL

1. DEBEMOS ALIMENTARNOS CON CONOCIMIENTOS Y EXPERIENCIAS RELIGIOSAS DE VALOR.

A) No podemos sostenernos largo tiempo sin renovar los contenidos ideológicos y los alientos o instancias vitales de nuestra interioridad.

No somos sino que devenimos. Aceptar este axioma es el secreto que nos lleve a la madurez y plenitud humana y apostólica. Porque «devenimos» necesitamos revisar y realimentar constantemente los objetivos y contenidos de nuestra espiritualidad. De lo contrario giraremos sobre nosotros mismos como el perro que se muerde la cola. Esto engendra monotonía, tedio y pena de vivir, porque palidecen lánguidamente las razones que alientan nuestra existencia. El hombre es, en efecto, un ser intencional. La línea que lo representa no es el círculo cerrado, sino la curva espiral que se abre ascendente y progresivamente hacia el infinito. El hombre es un ser que se busca sin cesar mientras indaga por doquier razones para su existencia.

Este proceso, en sí mismo, es ya creación y justificación de la propia vida. Como dice el Concilio, «se puede rectamente pensar que el porvenir de la Humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar» (*Declaración Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, n. 31).

B) Resulta, pues, desastroso pasar largo tiempo sin oír otras ideas que las nuestras, sin conocer las experiencias de otras personas, que viven contextos y experiencias distintos de los nuestros.

Esto es particularmente grave tratándose de la educación, terreno harto movedizo, porque su punto de aplicación, el hombre, constituye un misterio siempre antiguo y siempre nuevo.

Y sin embargo, la historia nos dice que los medios de formación e información en las instituciones docentes es quizás la historia del dominio inconsciente y gradual del materialismo sobre el espíritu: no hay libros ni oportunidad de renovarse, se dice, porque se carece de medios económicos. Ahora bien, éstos faltan, no porque no existan realmente, sino por ausencia de categorías mentales para apreciar los verdaderos valores. Faltan estas categorías, porque no hay medios de formación para darlas.

Este círculo vicioso preside la desproporción alarmante entre los gastos en favor de valores más bien biológicos (gastronomía, distracciones de orden deportivo, salidas y viajes por mera diversión) y aquellos que debieran emprenderse en favor de los valores del espíritu: instrumentos de estudio y de formación espiritual, pedagógicos, contactos y viajes formativos, congresos, descansos verdaderamente recuperadores.

Es sorprendentemente exiguo el presupuesto para inversiones que eleven el orden intelectual, espiritual o pedagógico de un Colegio.

En esto sucumbimos al peso de las circunstancias nacionales, ya que la programación y el presupuesto —tiempo y dinero— en favor de lo verdaderamente educativo es bajísimo, tanto en la esfera política como en la doméstica y privada. Lo hemos comprobado personalmente: en los países del Norte se gasta mucho más que entre nosotros en bibliotecas familiares, en música... Valga este ejemplo: las salas de ópera de Munich —varias simultáneamente— desbordan cada verano no obstante cotizaciones muy altas. Nosotros distraemos nuestro presupuesto para ocios en el fútbol y toros.

También hemos comprobado cómo la participación en un buen cursillo, convivencia, viajes de estudios... puede constituir el principio de auténticas conversiones y revoluciones profesionales.

2. EN CONCRETO.

A) El sistema de ejercicios espirituales de reforma y renovación (semanales, mensuales, anuales) debiera replantearse.

No bastan ejercicios espirituales indiferenciados. Se crea con ello una espiritualidad anodina, sin objetos determinados de apli-

cación o con objetos que valen para todo tipo de hombres y por lo mismo para ninguno. La conversión cristiana tiene significación temporal, local, personal. Se refiere y responde a las llamadas de los tiempos y lugares en que vivimos y a personas determinadas con quienes tratamos cada día. Estas constituyen para nosotros llamadas de Dios. Expresan la dimensión teológica del mundo.

Estos ejercicios espirituales han de responder, pues, a la problemática concreta de quienes los hacen: deben enfrentarnos con nuestro apostolado y con lo que éste tiene de específico, con sus dificultades y alegrías. Han de constituir marco y ocasión de repensar las condiciones y valores de las personas responsables de la acción apostólica, discutiéndolos humildemente a la luz del Evangelio y de las exigencias actuales.

Sería inadmisible e ilógico volver a nuestra vida con meros y estrechos deseos de pura fidelidad personal (examen particular sobre asuntos estrictamente personales, problemas de castidad, de presencia de Dios, de fidelidad exclusivamente individual) sin haber reestudiado nuestra situación y relaciones de orden apostólico. Pienso en el caso del director de un colegio o del párroco, cuya labor de dirección se lleva a cabo de modo individualista sin que se ventilen y discutan con los miembros colaboradores de la institución los movimientos apostólicos carentes, acaso, de vitalidad, las relaciones con los educandos o con los fieles y en general toda la acción pastoral. Existencialmente puede coexistir esta incongruencia: unos ejercicios espirituales perfectamente logrados si se mira sólo el aspecto individual personal (silencio, recogimiento, revisión de la vida personal y relaciones personales con Dios...), y un no sentir en absoluto la necesidad de revisar la acción pastoral y la vida de relaciones con los educadores, coadjutores, responsables seculares del apostolado...

Abogaríamos por que se conciban los ejercicios espirituales en forma de revisión de vida: descubrimiento de Dios y del Pueblo de Dios a base de diálogo, reuniones y encuentros, en atmósfera de caridad. Esto pediría sondeos previos y realistas sobre la situación concreta de las instituciones escolares en que se trabaja, enriquecidos si es necesario con datos estadísticos y con hechos, positivos o negativos. Irían seguidos de reflexiones orien-

tadas a poner frente a frente esas situaciones y las exigencias del evangelio, por una parte, y los datos de la ciencia psicológica, sociológica, filosófica..., por otra.

B) Los ejercicios de oración, tanto estrictamente personales como colectivos o comunitarios, han de poseer estructura y contenido bíblico-litúrgico.

Razones de autoridad nos lo imponen hoy. Puede verse la *Constitución de Liturgia*, nn. 13, 14, 18, 90, 98, 99, la *Perfectae Caritatis*, n. 6, la *Presbyterorum Ordinis*, nn. 18, 19, 45.

Los criterios de autoridad citados se justifican por cuanto la Biblia y la Liturgia constituyen la presentación más equilibrada y segura del pensamiento de Dios sobre nuestra realidad como cristianos en el mundo. Son la mejor criteriología sobre el hombre como ser comunitario, solidario, corresponsable con Dios, colaborador en la Creación; sobre el sentido de la historia humana, en cuya realización consumamos nuestro personal destino y santificación; sobre el sentido de la Iglesia, comunidad en que hombre, instituciones y medios de salvación se subordinan al Espíritu, a la gracia, al carisma personal.

Nuestra espiritualidad así alimentada y vivida sobre bases bíblicas y litúrgicas crea necesariamente otra idiosincracia, otra mentalidad, talante profundamente apostólico: nos vuelve interior e insensiblemente hacia la salvación de nuestros hermanos.

Las actuaciones externas posteriores se convierten en consecuencias naturales de la interioridad y a su vez la fomentan y alimentan en lugar de ahogarla. Vienen a ser realizaciones concretas de la historia de nuestra salvación según el modelo espiritual que de ella nos hemos forjado interiormente en la oración.

A la falta de contenidos objetivos, bíblicos y litúrgicos, en nuestra espiritualidad, se deben tantas lagunas en nuestra actuación apostólica: no apreciamos en su justa medida otros factores ajenos que debieran conjuntarse con los nuestros para realizar la obra común; descentramos el alcance meramente relativo de la institución en cuyo marco concreto trabajamos; pasa inadvertido el valor educativo de muchas vicisitudes históricas que constituyen oportunidades concretas en las cuales se nos expresa la voz de Dios...

C) *Descendamos a aplicaciones concretas y pragmáticas.*

Hemos de aplicar todos los medios que pone a nuestro alcance la pastoral para inyectar a nuestros ejercicios religiosos el marco litúrgico-bíblico-comunitario que hoy nos pide la Iglesia. Una acción en este sentido, llevada con paciencia e inteligencia, puede crear en nosotros y en nuestros muchachos de modo insensible y experiencial el «sentido» de las realidades fundamentales de la fe: Iglesia, Pueblo de Dios, libertad cristiana, compromiso apostólico, sacralidad de las realidades terrestres...

Dejemos de lado el problema, tan traído y llevado, sobre dónde celebrar la misa dominical (parroquia, colegio). Se suele resolver mal, ya sea por un concepto estrecho y demasiado jurídico de la parroquia, ya sea porque no logramos llegar al fondo del problema, que no es tanto asunto de lugares de culto cuanto de calidad o valor religioso de la celebración; ya, en fin, porque no sabemos aplicar correctamente el principio del mal menor que en no pocas ocasiones corresponde a la celebración litúrgica celebrada en lugares «teóricamente» menos apropiados.

Más claro que este problema nos parece el siguiente: a los educadores toca animar la misa a la que concurre la comunidad cristiana pastoralmente vinculada a ellos: alumnos, familiares, personal doméstico. Aquí sí que se necesita lograr la máxima inteligencia entre los responsables de los centros escolares y de las parroquias, mediante acciones pastorales de conjunto.

Celebrems con solemnidad litúrgica vibrante y gozosa las fiestas, sus vigiliás, los tiempos fuertes del año litúrgico. Tendríamos que llevar también a las celebraciones litúrgicas de nuestros muchachos los ritmos enérgicos y un poco bulliciosos que tanto les entusiasman, tales como los que pueden proporcionar los instrumentos diversos de música, el canto moderno, ágil y vigoroso, y las expresiones cálidas y corporales de los sentimientos que tan bien les cuadran y que la liturgia suscita. Los centros escolares poseen incomparables medios, facilitados hoy por la tendencia de nuestros jóvenes a la expresión de la música moderna. Participando en estas reuniones juveniles muchas veces hemos sentido pena pensando en tantas instituciones escolares que, por

inercia o falta de iniciativa de sus profesores, no saben aprovechar estas oportunidades extraordinarias. En muchos colegios existen tunas, rondallas... ¿Por qué no aprovecharlas para las celebraciones litúrgicas? Sería forma excelente de integrar a los chicos en el culto con agrado, y de facilitarles mejor participación en él.

En todo caso, hoy resultarían inconcebibles misas cuasi-privadas en las festividades, misas de 20 ó 30 minutos, sin canto, sin oración de los fieles, sin auténtica reunión de la comunidad; devociones de tipo más bien privado en los actos vespertinos de los domingos y fiestas. Si tales devociones no sincronizan con la solemnidad del día, debieran sustituirse o transformarse de modo que concuerden en su contenido y expresión con la liturgia del día.

Terminamos abogando por la introducción en nuestras comunidades educativas del oficio divino adaptado a las personas y lugares concretos. Existen ya publicaciones de las cuales puede echarse mano, en todo o en parte, para elaborar la oración litúrgica que necesitamos. Nos permitimos citar los dos oficios editados por el Instituto Pontificio San Pío X: La Nueva Alabanza y el Oficio de Laudes y Vísperas de Nuestra Señora. En el mismo Instituto se está ensayando un oficio más amplio, por ahora usado privadamente en forma de experiencia. Se pretende con ello elaborar un trabajo más definitivo, dirigido especialmente a los educadores.

II. SUSTRATO HUMANO DE LA EXISTENCIA RELIGIOSA

1. REFLEXIONES BASICAS.

Quiero llamar aquí la atención sobre uno de los elementos más dinámicos y fecundos que entran a formar parte de la estructura y de la acción humana. Me refiero a la afectividad, ese mundo de atracciones, sentimientos y afectos que constituyen fortísima palanca, consciente o inconsciente, de todas las formas de nuestro actuar.

Podríamos aclarar e introducir este tema con una comparación.

Frecuentemente pedimos a los religiosos educadores compromisos ascéticos de elevada calidad: espíritu de fe, abnegación, obediencia, entrega incondicional, mortificación, miras nobles y elevadas, dominio total de sí mismos, en una palabra. Todo eso, que pertenece al mundo superior, lo colgamos a veces en un sujeto humanamente débil, en un individuo sin bases humanas suficientes, con afectividad deformada y retorcida, si no tronchada. A la postre, todo se desmorona, porque faltan los soportes humanos. Es como pretender colgar en un muro endeble infinidad de objetos de peso desproporcionado a la resistencia del muro.

En la raíz profunda de los mecanismos que determinan tales actuaciones late menosprecio de lo humano y a la postre desconfianza en la presencia de Dios en las realidades creadas y desconocimiento del engarce íntimo querido por Dios entre la eternidad y el tiempo, entre la gracia y la Encarnación.

Nosotros no actuamos sólo voluntariamente sino ontológicamente. Porque somos así, queremos y actuamos así. Nuestros actos no obedecen en definitiva tanto a nuestra voluntad de realizarlos, cuanto a la orientación constitutiva de nuestro ser, de la cual no siempre somos conscientes.

Nuestro ser unitario es una realidad compuesta de estructuras diferentes, que influyen cada una a su modo: el espíritu, la razón, los elementos sensoriales, el sentimiento: «La espiritualidad (el espíritu), en su raíz, no es más que la transposición de impresiones sensoriales. Si los signos son para nosotros el medio único de comunicación espiritual, se debe a que el espíritu mismo no se eleva del mundo más que por medio de la interpretación superior de las experiencias que del mundo ha tomado ¹.

Las realidades sensoriales, entre las cuales el sentimiento (estético, orgánico...) ocupa lugar preponderante, proporcionan elementos materiales y experiencias con los cuales se efectúa el montaje de las ideas; aquellas sensaciones orientan el pensamiento en determinado sentido, crean el subconsciente que tanto mueve al espíritu, dan calor para intensificar la labor espiritual, ilusiones para perseguir ciertas metas, inclinación hacia los aspectos

1. L. BOUYER, *Le mystère pascal. Méditation sur la liturgie des trois derniers jours de la Semaine Sainte*. Cerf, Paris, p. 86.

«interesantes» de un objeto... En fin, en nuestras actuaciones tiene mucho de verdad aquel aserto: «En el hombre no hay razones sino sentimientos».

A la hora de orientar al hombre hacia el bien (conversión, santificación), pesa más lo bueno (estética, amabilidad, simpatía, cordialidad) de nuestra mediación que lo razonable; somos seres encarnados. Es un hecho que hemos de aceptar. La decisión por los solos motivos racionales no se da casi nunca ni suelen ser éstos los que más pesan, sino aquéllos ².

En los religiosos, por su situación de célibes, en cierto modo violenta por superación de lo humano, privados del complemento natural de la familia, de la riqueza humana que supone la dialéctica de los sexos, de la paternidad..., el equilibrio humano es más difícil de mantener, si bien los religiosos pueden superar en universalidad y riqueza de contenido el equilibrio de los casados, con tal de que los sujetos sean afectivamente sanos ³.

El religioso es, efectivamente, un hombre separado de la familia, generalmente en los primeros años de su niñez o adolescencia, con poquísimos contactos con ella o con grupos humanos equivalentes, al menos hasta estos últimos tiempos, sin esa delicadeza creadora de riqueza humana que suponen un corazón y una mano previsor y cariñosa, atentos a remediar o suavizar el aguijón de la soledad, de la nostalgia, de la ingratitud, del sufrimiento moral, y dispuestos a cubrir con amor y delicadeza ciertas urgencias personales (de vestido, alimento, instrumentos de trabajo, comodidad de local).

Las atenciones personales y particularizadas —puestas al gregarismo que de hecho existe con excesiva frecuencia en la vida religiosa— van forjando esas raíces y ese sustrato afectivo que es el verdadero hogar secreto, suministrador de combustible a innumerables actuaciones del hombre en todos los campos: físico, intelectual, espiritual, apostólico.

Este desequilibrio al que hemos aludido es causa de muchos desenfoques, no tan infrecuentes entre religiosos educadores: des-

2. Puede verse mi artículo: *Pedagogía de la fe: reflexiones sobre la función de la inteligencia y voluntad en el acto de la fe*, en «Sinite» 25 (1968) 23-37.

3. Puede verse la Encíclica de Pablo VI sobre el Celibato eclesiástico.

orbitación y obsesión frente al tema sexual, presentación unilateral del mismo, durezas inexplicables, al parecer, contra las relaciones familiares, complejos dolorosos porque no se les ha sabido iniciar convenientemente acerca del misterio del amor humano y consiguientes mecanismos de defensa, tales como ciertas aparentes durezas que malsimulan reales decepciones afectivas, manifestaciones afectivas innaturales que ponen al descubierto un amor frustrado.

De hecho, parangonando al educador religioso con el seglar que se halle en igualdad de circunstancias de tiempo, cultura y profesión, parece que en el seglar se dan más aquilatados ciertos valores que se refieren, si bien no siempre de modo exclusivo, a la afectividad: cordialidad, finura, gratitud, suavidad en las afirmaciones y en el diálogo, respeto, naturalidad en el trato con todo tipo de personas y con los bienes económicos.

Todo esto va dejando de ser vaga persuasión mental dentro de la sociedad educativa española y convirtiéndose en principio de acción y de comportamientos: son cada día más numerosos los casos de cabezas de familia que oponen serias objeciones a la educación impartida a sus hijos por los religiosos. Se basan en razones relativas, en substancias, a las enumeradas: Creen que son muchos los religiosos y religiosas educadores incapacitados para dar formación humana y religiosa sana y equilibrada, ineptos por lo mismo para el verdadero diálogo con el mundo en su sentido más profundo: capacidad de compenetración con las raíces antropológico-existenciales del joven actual, de las cuales proceden muchos de sus comportamientos.

2. SOLUCIONES EN GENERAL.

Las soluciones casi están dadas al criticar nuestros fallos. Me permito apuntar algunos intentando fijarme en los más fundamentales:

A) El porcentaje mayor de los fallos en la vida religiosa, de varones sobre todo, tiene raíces afectivas. Esto es aplicable no sólo a los jóvenes. También a esa edad crítica de la mitad de la vida en la cual tienta el demonio que llaman del mediodía:

a) Falta de auténtico amor fraterno expresado en signos visibles. ¿Cuántos pueden decir: En mi casa religiosa hay alguien que me espera? Ese esperar ¡supone tantas cosas nobles y cristianas!: acogernos con los brazos abiertos cuando regresamos a la comunidad, al equipo de trabajo; tenernos dispuesta con delicadeza la estancia y alimentación; interesarse positiva y eficazmente por nuestras actividades y proyectos, por nuestro apostolado incluso por nuestro ritmo individual, somático, biológico y afectivo, en lugar de esa excesiva atención a la ley que se da a menudo entre nosotros, porque el comportamiento externo ocupa lugar exagerado en nuestro aprecio y atención valorativa de lo humano e incluso de lo cristiano. Todo ello es fruto de un legalismo y comprensión de las Reglas en que la preocupación por las solas actitudes externas ha mermado clarividencia para atender a la realidad honda y personal de nuestros Hermanos. Esta actitud dista muy poco del fariseísmo.

b) Falta de reconocimiento de nuestros trabajos, de nuestras personas tales como son.

Cerramos los ojos a los defectos de nuestros padres y hermanos. Somos durísimos para con los de nuestros Hermanos en el apostolado. Antipatías personales se enconan y duran meses y años enteros y se manifiestan en relaciones recíprocas herméticas, en oposiciones inmotivadas y sistemáticas que ahogan toda posibilidad de diálogo, de entendimiento y de obra común en el apostolado. Se nos trata en función de nuestro trabajo, de nuestra productividad... y se nos niega a menudo ese poquito que manifiesta reconocimiento de la persona como tal: delicadezas reclamadas por nuestros gustos personales, ciertos métodos, medios o reglamentos de trabajo exigidos o recomendados por nuestra particular forma de ser, de actuar, de trabajar.

Muchos escogen otros caminos no tanto en busca de placeres sexuales, como a veces se cree, cuando de alguien, individuos o grupos, que realmente les quieran como ellos son; en otros términos, buscando asegurar para mañana una vida cuya significación social y humana hoy se tambalea.

Este fenómeno se acentúa de día en día porque ciertos medios de difusión audiovisual (ilustrados, televisión, canción mo-

derna...) están permitiendo descubrir a sacerdotes y religiosos de edad madura, de modo casi violento, el mundo encantado del amor y de la amistad que no habían hallado en su adolescencia y juventud.

Frente a estos hechos no podemos escudarnos en que la vida religiosa lleva consigo la violentación de la afectividad y de sus signos manifestativos. Pablo VI en su encíclica sobre el celibato eclesiástico emplea la expresión *sublimación* del amor, de los afectos... Sublimar no es destruir sino transcender. Llama la atención el acento que pone el Papa en las relaciones afectuosas y comunitarias del obispo con sus sacerdotes y de éstos entre sí como medios para sostener la castidad.

Yo creo que hemos de situarnos en esta óptica para enfocar bien problemas tales como la perseverancia y felicidad en el estado religioso y en el equipo apostólico, la eficacia apostólica, el sentido de Iglesia como realidad encarnada en el mundo...

B) Más lamentables aún son las oportunidades de eficacia apostólica que se pierden porque el educador, aun perseverando materialmente, no da el rendimiento que aportaría en condiciones normales de afectividad y de objetivación de sus potencialidades.

Cabe siempre preguntarse por qué ese hombre, estéril y sin entusiasmo en la vida religiosa y apostólica, incluso en labores materiales, se vuelve tan dinámico y constructivo al entrar en la vida seglar; por qué, como religioso, en una situación es seminútil y quejicoso, y en otra tan positivo y feliz.

La causa principal radica en que ha encontrado la oportunidad de objetivar sus potencialidades. Son de diverso género —físico, afectivo, intelectual o espiritual—, pero la potencia afectiva suele poner en movimiento las otras potencias, sirviéndoles de descompresor y de motor.

Un estudio sico-sociológico serio de los mecanismos que rigen la existencia y actuaciones del hombre daría resultados insospechados en la vida apostólica, e incluso resolvería infinidad de falsos problemas relativos a la disciplina religiosa e incluso a las relaciones entre superior e inferior y entre iguales.

3. SOLUCIONES CONCRETAS.

Permitásenos aventurar aplicaciones concretas:

A) *Respeto a las características peculiares de cada educador religioso.*

Existe más bien la masificación en el trato ordinario y cotidiano, tanto espiritual como material. A menudo se la pretende justificar apelando a valores superiores como el espíritu de comunidad, de sacrificio, de soledad...

En la raíz de esta forma de actuar latén verdaderos dualismos que niegan en la práctica el origen y destino radicalmente cristiano de lo natural, de la amistad, del cosmos, del cuerpo, en fin, de todo lo verdaderamente humano. Lo que hay que convertir en objeto de sacrificio no son tanto los valores reales debidos al individuo, psicológica o afectivamente, cuanto los fines, forma, medida y tiempo concreto de su aplicación.

Entran dentro de este capítulo, entre otras, las siguientes aplicaciones:

— Reconocimiento por el trabajo del individuo: va desde la felicitación por sus aciertos hasta procurarle los medios reclamados por su especialidad e inclinaciones. Es muy triste que hayan de morir personalidades ricas porque no encuentran aceptación y aplicación en la comunidad.

— Cuidado espiritual, intelectual, corporal, higiénico... de cada uno. Muchos educadores metidos en la vorágine de faenas agotadoras no hallan el tiempo ni los medios para el descanso físico y la recuperación síquica que necesitan. Pasan año tras año sin recuperarse y se tornan cada día menos útiles para el trabajo que realizan en la vida religiosa.

Falta de la renovación espiritual y humana que da un cursillo de pedagogía, de catequética, de espiritualidad, de asistencia a congresos dentro o fuera de la nación. En estas convivencias, de duración más bien breve, pero repetidas, hay que situar el proceso de renovación que se ha dado en los últimos años en la Iglesia en el terreno de la acción pastoral: liturgia, catequética, pedagogía, vida religiosa, ecumenismo...

Sería muy aleccionador averiguar los desalientos y postraciones producidos en muchos religiosos educadores por su incompetencia en las disciplinas que enseñan. Es muy doloroso cuando esto sucede por falta de verdadera planificación a largo alcance o porque la planificación sólo ha afectado al sector puramente material y económico de las obras (v. gr. construcciones, ganancias pecuniarias) y no al humano y profesional.

Vida religiosa y competencia profesional corren parejas y se condicionan recíprocamente en la realidad personal y concreta del educador. Es obvio que el hombre que ve abierto su futuro profesional sienta ilusión y estímulos para la entrega personal a las realidades específicamente sobrenaturales.

B) ¿No están los religiosos educadores demasiado desconectados del sexo opuesto? ¿No aportaría más ventajas que peligros el resolver esta incógnita procurando mayor acercamiento mutuo? En los movimientos apostólicos de seglares jóvenes y adultos se recomienda hoy la coparticipación de ambos sexos. La afectividad peculiar de cada uno y su visión complementaria del fenómeno religioso entrañan aportaciones positivas. Su ausencia supondría empobrecimiento en las obras apostólicas. La lógica y objetividad del varón, por ejemplo, llegan más fácilmente a las metas propuestas gracias a la intuición, sensibilidad, tacto exquisito y entrega de la mujer.

Adelantamos, entre otras posibles, las siguientes sugerencias:

— Participación mixta en reuniones apostólicas o pedagógicas para discutir conjuntamente problemas educativos comunes a chicos de ambos sexos.

— Participación de religiosos y religiosas en la planificación de la pastoral de conjunto en sus diversas ramificaciones y más concretamente en el terreno educativo.

— Introducción en los colegios de varones, de religiosas destinadas a la primera o segunda enseñanza. Discusión comunitaria de problemas educativos comunes.

— Promover y orientar contactos apostólicos, educativos, folklóricos... entre jóvenes de ambos sexos dependientes de nuestra labor educativa.

— Personal femenino de servicio. El sentido de delicadeza y finura que despertaría en nosotros su forma de realizar el trabajo, ¿no compensaría los posibles peligros en los cuales hasta ahora sólo se ha pensado? Piénsese, a título de reflexión, en la deformación honda que sufren muchos jóvenes aspirantes que en los años de su formación han tenido que proveer de modo exclusivo al cuidado de su vestido, ajuar, lugares de trabajo, enseres de alimentación y otros. Muchas de esas tareas corresponden naturalmente a la mujer. Realizados por el varón llevan anejas tales deficiencias que crean en él hábitos defectuosos, difícilmente corregibles en el resto de su vida. Son particularmente graves tratándose de educadores por la influencia que han de ejercer en su relación apostólica.

Por otra parte, el trato cotidiano con el personal femenino, realizado con naturalidad desde los años primeros en que se abandonó la comunidad de familia, ¿no haría desaparecer esa xenofobia que a la postre produce efectos contrarios a los que se pretenden?

¿Es puro azar o más bien juego de la Providencia, que se acomoda a la naturaleza de las cosas, el que en los caminos de casi todos los santos se encuentren también santas mujeres? La entrada progresiva de la mujer en la Iglesia, a escala incluso conciliar, responde mejor a la necesidad de respetar las riquezas totales del hombre ⁴.

4. «También en este sentido se nota una evolución en los Seminarios. Antes una absoluta prohibición de su presencia, al menos permanente, en tales centros. Hoy se ha intentado la experiencia contraria, que alguien ha formulado de la forma siguiente: "No estaría mal que dos o tres religiosas, quizá de Ordenes distintas, y de valía humana, intelectual y espiritual fuera de serie, fueran quienes llevasen parte de la organización interna de la casa (no el trabajo material directo). Ellas serían la presencia maternal femenina proyectándose sobre la vida de los seminaristas. En su cercanía, como mujeres y religiosas, velarían sobre las necesidades materiales de cada uno, pero con motivo de éstas, aunque nunca directamente intentados, otros problemas serían objeto de su preocupación y ayuda. Podrían llegar a veces en los seminaristas a rincones oscuros y descubrir horizontes claros del alma más eficazmente que les es posible a los superiores. Con su sola presencia habrían hecho innecesarios ya ciertos problemas de después"» (Texto tomado de Olegario GONZALEZ, *¿Crisis de seminarios o crisis de sacerdotes?* Marova, Madrid, 1967, p. 181, nota 33).

III. EL RELIGIOSO: SU PERSONALIDAD EN LA COMUNIDAD

Al religioso educador se le asignan cometidos que requieren personalidades muy ricas. Sus virtualidades se ejercen en sustancia relacionándose con otros: comunidad de profesores, familia, alumnos, con cuantos colaboran con él en la pastoral de conjunto.

Las mismas virtudes y prescripciones regulares de la vida religiosa tradicional no deben aminorar su personalidad, sino integrarse en ella para robustecerla y favorecer la vida relacional en cuya dialéctica se ejerce la acción apostólica.

Desarrollaremos esta afirmación estudiando los dos puntos que contiene: formación de la personalidad y fomento de la vida relacional.

1. RESPETO Y FOMENTO DE LAS PERSONALIDADES INDIVIDUALES.

A) *Falta de personalidades.*

Juzgando los grupos de vida religiosa con serenidad, libres de prejuicios y de mecanismos de propia defensa, encontramos que una de sus notas negativas más características es la falta de verdaderas personalidades. Sicólogos hay que en documentos y conversaciones de carácter confidencial afirman que, en determinadas Congregaciones religiosas, las personalidades fuertes y ricas no pueden, psicológicamente, perseverar como tales porque el conjunto de sus miembros constituye verdadera medianía incapaz de asimilarlas. Los valores, a la postre, se dejan absorber por ella, negándose a sí mismos, o bien emigran a otros géneros de vida, quedando más o menos tarados casi siempre por complejos de diverso signo.

No sería muy difícil, pero sí indelicado mostrar con ejemplos esta triste realidad: instituciones con más de un cincuenta por ciento de sus miembros desvocacionados profesional y religiosamente, carentes de ciertos «sentidos» imprescindibles al hombre

apostólico, tales como el sentido de la comunidad, del equipo, de la convivencia, del sufrimiento, de los valores económicos e incluso, aunque parezca increíble, de la vida de oración.

Nos referimos aquí no sólo a personalidades ricas intelectualmente. Sobre todo a las religiosas. Hay individuos conscientes de la labor menguada de su Congregación. Desean inyectarles savia en su espiritualidad, en su labor y métodos pedagógicos; pero multitud de religiosos con estrechez de miras, más o menos desvocacionados pero influyentes por el juego de la provisión y ascenso en los cargos, les hacen la vida imposible, oponiéndose activamente a ciencia y conciencia a todo movimiento de renovación, o refugiándose pasivamente en una vida de comodidades tales que les incapacitan para la adaptación y agilidad que hoy pide la Iglesia a las instituciones religiosas.

Es muy doloroso hacer la historia de obras originales de renovación y de personas en ellas comprometidas, que llegaron a término más o menos feliz superando dificultades inmensas. Muchos de sus protagonistas fueron tildados de imprudentes, desobedientes, desamorados... De hecho quedan toda su vida con un mal sabor de boca, a veces con complejos de culpabilidad, incapacitados para amar instituciones que sólo pusieron dificultades a su obra y que ahora quieren servirse de la reputación y rentas económicas de unas empresas que aquéllas no favorecieron.

¡Sería más doloroso aún hacer la historia de las obras que abortaron para siempre por no haber encontrado el clima apto para su eclosión!

Piénsese en la mayoría de los prohombres que han hecho posible la renovación conciliar actual: bíblica, litúrgica, eclesiológica, de vida religiosa, ecuménica... ¿Es voluntad de Dios el que sus obras lleven siempre ese signo o sería más conforme con ella el pedir a las instituciones que examinen mejor su misión como tales instituciones?

B) *Causas de la falta de personalidades.*

Analicemos brevemente las causas de estos comportamientos de las instituciones para con el individuo:

a) Existe, en primer lugar, un defecto de base eclesiológica: se desconoce la naturaleza de la actuación del Espíritu en la Iglesia. El Espíritu Santo ha responsabilizado sin duda a las instituciones y autoridades de las obras, sobre todo en lo que éstas tienen de repercusión social, externa. Desde ese punto de vista, por tanto, a ellas corresponde el juicio sobre las mismas y a la postre, su aprobación.

Sin embargo, su actuación es más bien segunda. Se sitúa en segundo término. Es posterior.

El brote propiamente dicho, la primera iniciativa la confía Dios de modo normal a personalidades cuya riqueza humana y espiritual las hace aptas para que el Espíritu Santo baje a ellas. Han sido depositarias de un carisma personal que les viene directamente del Espíritu. La intervención de la autoridad de la Iglesia en estos casos es sólo indirecta: se limita a probar si existen signos de que la mano de Dios está ahí. Podríamos describir gráficamente esta realidad: «Roma no bautiza; sólo confirma».

En estos casos, la actitud de la autoridad, en lugar de recelosa, debe ser abierta y humilde: estar atenta a escrutar en los signos de los tiempos y de los hombres la llamada de Dios. La actitud recelosa le llevará casi siempre a ahogar y cortar brotes suscitados por el Espíritu ⁵.

b) Existe, en segundo lugar, desconocimiento de la verdadera estructura de la comunidad. Se la confunde con el grupo gregario indiferenciado en el cual los individuos se integran mejor cuanto más renuncian a sus propias peculiaridades. La comunidad es todo lo contrario. Existe verdadera comunidad cuando acuden a ella individuos con cargas noéticas y existenciales pro-

5. Recomendamos el libro de K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1963. Véase el capítulo II (pp. 46-92), dedicado al estudio de los carismas en la Iglesia y a las relaciones entre los hombres responsables de las instituciones eclesiales y los carismáticos.

pías y específicas, dispuestos no a destruir las restantes sino a contrastar sus riquezas particulares, aportando ese otro grado, coloración y perfección que necesariamente posee toda existencia humana, que es inefable, única y singular.

Es tristísimo, visto el fenómeno desde la perspectiva de la Iglesia e incluso de la comunidad humana, una reunión en que la estupidez de los individuos o la estrechez de la autoridad imponen un pensamiento y unas decisiones fruto de unanimidad que no significa tanto acuerdo cuanto incapacidad radical de proponer puntos de mira diferentes.

C) *Aplicaciones prácticas.*

Intentando ser prácticos aventuramos las reflexiones y aplicaciones siguientes:

a) Las instituciones religiosas, sobre todo aquellas que, como las de educadores, tienen responsabilidades religiosas y sociales gravísimas, deben formar miembros psicológica y espiritualmente adultos. Todo proceso de infantilismo niega al hombre y al verdadero apóstol. Educar a 40 niños o adolescentes es más complejo y difícil que ser padre de 5 hijos. ¿Se puede asegurar siempre que ese educador de 40 alumnos es más hombre y se siente más responsable que ese padre de 5 hijos? ¡Compárense las iniciativas, preocupaciones o insomnios del educador y del padre de familia en sus respectivos terrenos! Ahora bien, el cometido principal de los responsables mayores de la comunidad de educadores debe ser no sólo y no tanto reducir a sus justos límites las extralimitaciones de los individuos —como ha solido hacerse— cuanto estudiar y promover todos los posibles puntos de aplicación de la personalidad de cada uno. Examinando el gobierno de la comunidad desde este ángulo parece cierto que ha creado demasiado infantilismo e irresponsabilidad, con lo que ha yugulado innumerables posibilidades de objetivación o se las ha reservado al superior. Como éste, antes de serlo, se encontró en la situación en que ahora están sus inferiores, es lógico que sean contadísimos los superiores auténticos educadores de su comunidad.

b) Facilitar los medios más propios para que la personalidad encuentre el ambiente y los auxilios necesarios de formación. En este aspecto hay que revisar muchos conceptos sobre el sentido de la comunidad, igualdad, distribución de los bienes de la comunidad...

Es necesario salvaguardar igualmente lo comunitario y lo personal. Tender a la suma igualdad o a distribuciones aritméticas idénticas es la mayor injusticia, ya que cada individuo posee virtualidades y misión propias que han de encontrar eco en la comunidad que le acoge.

Existen ciertas necesidades más bien biológicas que usan todos normalmente en igual medida: alimentación, vestido... Pero conforme ascendemos en el nivel de los valores superiores —morales, intelectuales, espirituales— se distancian los individuos y se les debe mayor discriminación. Se requiere, pues, amplitud de miras sobre la comunidad como realidad orgánica para proveer a cada uno de lo que necesita, así como a cada cual se le ha de exigir también cuanto puede y debe aportar de modo específico a su comunidad.

Es muy triste comprobar cómo a la hora de realizar dispendios se aplica la máxima intensidad en tiempo, atención y dinero, en resolver el capítulo de los gastos que podríamos llamar de primera necesidad: edificio, alimentación..., mientras las urgencias a niveles más humanos o espirituales —profesionales, intelectuales— se descuidan o relegan de tal modo que en la práctica quedan anuladas.

Piénsese en casos, cada día más numerosos, de educadores que necesitan con cierta autonomía laboratorios, bibliotecas, maquinaria, medios de locomoción, material de encuestas... para ejercer su misión holgada y competentemente. ¿No se debe, por lo menos en parte, a limitaciones de este tipo el que hoy nuestras Congregaciones de religiosos educadores no puedan contar con obras bibliográficas o instituciones de verdadera investigación en el terreno de su específica y casi exclusiva competencia? A la luz del pensamiento conciliar, expresado, v. gr., en la *Gaudium et Spes* o en el Decreto sobre los medios de comunicación social o en la declaración sobre la educación cristiana de la juventud, estos hechos debieran hacernos pensar e inquietarnos.

Por otra parte, en la lógica de lo que venimos diciendo, es obvio que cuanto favorezca justamente a la personalidad del individuo contribuye en definitiva al enriquecimiento de la comunidad.

c) Va contra el espíritu y la letra de lo que venimos diciendo dejar la puerta abierta al «Laissez faire», al individualismo, a la libre actuación del individuo a espaldas de la comunidad e incluso de un sano control, tan necesario en la época de la racionalización del trabajo y del rendimiento. Caeríamos en el defecto capital del liberalismo, sistema que permite descollar a los más fuertes a costa de los débiles o que se cometan las mayores aberraciones sin percatarse apenas de ello.

No puede negarse que este peligro constituye una amenaza inevitable en el proceso actual de respeto a la autonomía de los individuos: en lugar de «realizarse» la persona dentro de la lógica del diálogo comunitario, procede con independencia, a espaldas de la comunidad. No se lleva a cabo un servicio al grupo; se lo sacrifica en aras de las propias oportunidades.

La educación de la libertad, hoy más que ayer, debe mantener el equilibrio entre los dos extremos: respeto a las posibilidades del individuo y control suficiente que lo sitúa orgánicamente dentro de la comunidad.

Esta nueva forma de gobierno y de educación de la libertad entraña mayores dificultades que las antiguas. Requiere especiales dotes de los responsables de grupos y comunidades. Es más conforme con las necesidades de la Iglesia que necesita hombres cabales y capaces de emprender con acierto obras arriesgadas y difíciles. Se aviene mejor con el respeto a la legítima personalidad del individuo.

2. VIDA RELACIONAL.

Creo que el afán por la formación de la personalidad del religioso educador debe aclararse con la luz del presente apartado.

Es imposible la creación de verdaderas personalidades sin la influencia de la comunidad. Es más, sólo una persona dialécticamente relacionada con la comunidad puede adquirir categorías

personales altas. Esto es simple corolario de la naturaleza social del hombre. La comunidad posee, distribuida en sus diversos elementos componentes, la riqueza que el individuo sólo posee en potencia. Aquella le sirve de modelo, de causa ejemplar, de estimulante para actualizar las propias potencialidades.

La comunidad es, en secuencias diversas de tiempo y de persona, lo que el individuo puede llegar a ser en su devenir, en su futuro, en su plenitud.

Por eso, toda separación prolongada y sistemática de la comunidad lleva al embrutecimiento, al retroceso en la escala de lo humano. En este sentido podemos retorcér el adagio de los estoicos: «Cada vez que me separé del hombre me volví menos hombre».

Podríamos confirmar empíricamente esta afirmación apelando a los casos de real renovación de las Comunidades religiosas o educativas. El proceso revisionista sano procede de ordinario de personas que, merced a contactos enriquecedores con otros grupos humanos, aportan al suyo la frescura de sangre, de perspectivas y de ilusiones y, por lo mismo, el sentido de novedad de vida sin el cual carecemos de acicate para renovarnos.

Viceversa, el empobrecimiento creciente hasta llegar a verdadera anomalía es el término normal en una comunidad herética, cándidamente satisfecha, que cree que su posición, sus métodos y su misma vida son perfectos y no necesitan proceso revisionista alguno. Este juicio es perfectamente aplicable a la persona individual que se ha acurrucado en el nido de sus propias cualidades y seguridades.

Podemos resumir en las siguientes las riquezas de lo comunitario:

— La experiencia comunitaria nos descubre el hombre de la existencia concreta en oposición al hombre de los libros.

Una de las críticas más fuertes que se formulan en nuestra sociedad contra los educadores, sobre todo contra los religiosos, se refiere al desconocimiento de la realidad humana: problemática de la juventud, sus formas de vivir y de pensar, sus verdaderas dificultades, características de su mentalidad. ¿Puede ser

educador hoy quien prescinde de frecuentes contactos con el hombre tal como es, con el hombre existencial?

El afán de nuestros días por provocar contactos de sacerdotes y educadores cristianos en fábricas, ejércitos, clubs juveniles, marchas... responde a la necesidad de romper esa separación fría y artificial que convierte en inhumanos a unos educadores querenciosos de convertir a sus educandos en hombre de hoy.

La agresividad de muchos elementos clericales y religiosos contra la juventud y contra el hombre actual, ¿no es en parte simple consecuencia de vivir separados de ellos? Los sicólogos americanos han estudiado el fenómeno refiriéndolo más bien a la separación política entre el Este y el Oeste: «La tendencia a atribuir toda clase de propiedades malas y hasta inhumanas a las gentes con las que no se ha tenido ningún contacto, o muy escaso, apareada a la tendencia de dar forma a la realidad en unidades lógicas y pensar, por consiguiente, en términos de simples antinomias, ha originado en el conflicto Este-Oeste recíprocos estereotipos de cada uno de estos pueblos que difieren notablemente de la realidad.

Los encuentros turísticos suelen causar más de una sorpresa, pero por lo general no bastan para efectuar una corrección definitiva del defectuoso estereotipo. La sociología conflictual llega, en sus propios dominios, a parecidas conclusiones ⁶.

Diversos documentos conciliares piden expresamente a religiosos y sacerdotes contactos personales con el mundo humano que constituye el escenario de sus trabajos apostólicos.

Incluso el prototipo de pensador intelectual ha cambiado. Los signos de los tiempos rechazan al cerebro pensante que no actúa a partir de contactos reales con la realidad concreta, sobre todo humana, y no le aporta soluciones viables satisfactorias. En teología o catequesis se rechaza al maestro que sólo enseña pero no convive, que resume libros pero es incapaz de decir a sus alumnos cómo él mismo actúa y cómo han de actuar ellos apoyados en la experiencia de su maestro. Conozco el caso de un joven teólogo, verdadera promesa, a quienes los alumnos reclaman algo

6. ADOLFS, R., *La Iglesia es algo distinto*. Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1966, p. 177.

más que enseñanza de clase y esperan de él compromisos sociales, académicos, apostólicos...

— Las relaciones con otros ambientes proporcionan al educador religioso al menos estas tres ventajas:

Dan, en primer lugar, a sus virtudes religiosas objetos concretos de aplicación. Los valores estrictamente sobrenaturales, o en otros términos, la búsqueda de los bienes invisibles requiere objetos inmediatos —signos— en los cuales aquéllos se concreten y sin los que quedan en la vaguedad sin producir suficiente acicate o fuerza de arrastre. Como no tiene sentido, por inhumano, el solo amor platónico, así es absurda y quimérica la pobreza, el sacrificio, la vida oracional sin puntos de aplicación tomados de la experiencia de los pobres, de los necesitados de nuestro sacrificio y de nuestra oración...

La oración del sacerdote o educador que trabaja y sufre físicamente con los obreros, alumnos, compañeros... surge de la propia carne, es intensa, existencial. Tiene puntos de aplicación concretísimos. Lleva en sí la amargura de un mundo que necesita más caridad y justicia... y la alegría de ver cumplidos unos objetivos que llevamos a flor de piel.

En segundo lugar, reducen a sus justas dimensiones los propios problemas. En general, la mayoría de los problemas son sólo relativos a la situación concreta, intelectual y sobre todo vital, del sujeto que los vive. Un plato deficientemente cocido levanta un montón de quejas en quienes están acostumbrados a que no les falte nada. Es una bendición del cielo para quien no tiene que comer de modo habitual. Un despropósito en la respuesta acre de un superior es un accidente desproporcionadamente doloroso para quien desconoce a tantos patronos y jefes de oficina que se comportan como el superior del caso. Es un hecho de experiencia cotidiana que tanto los jóvenes estudiantes como sus mismos profesores adquieren mayor madurez humana y religiosa cuando contrastan sus estudios y problemas intelectuales con obras apostólicas y contactos humanos. El trato exclusivo con libros desencarna, y si éstos se reducen a manuales escolares, aunque sean de teología, pueden llegar a embrutecer el espíritu.

Es sabido cómo hoy la Iglesia misma ha evolucionado en lo relativo a la formación de sus ministros. No hace aún mucho tiempo se les prohibía actividades apostólicas que pudieran «distraerles» de sus estudios. Hoy cree la Iglesia que esas «distracciones» no sólo no son dañosas sino necesarias y favorecen el proceso de maduración humana y religiosa.

Esa familiaridad con las verdaderas dimensiones de los fenómenos humanos tiene todavía una inestimable ventaja. Se refiere a las virtudes tradicionales de la vida religiosa.

Las virtudes religiosas de ordinario actúan, en parte, según una dialéctica cuyos dos polos son: el inferior y el superior. La dimensión eclesial, de servicio a la Iglesia, no suele aparecer, al menos conscientemente. Las virtudes pierden así esa angustia, ese acicate que brota cuando existe conciencia de servir al Pueblo de Dios, convicción de que mi pobreza y obediencia no son tanto fidelidad a un compromiso hecho a un hombre o a la ley cuanto condición de salvación para el mundo. La Iglesia, entonces, aparece en primer plano y sólo en la penumbra se vislumbra la figura de la persona concreta que de hecho precisa, para mí, las exigencias de la Iglesia.

Concretando aún más pediríamos que las virtudes religiosas tradicionales se las urja a partir del diálogo comunitario, a la luz de la problemática de la Iglesia, de la obra apostólica concreta. Así nuestra pobreza, castidad, obediencia, seriedad de vida, ascesis sacrificial..., llevarán consigo como estímulo y objeto el peso de una Iglesia comprometida en ellas.

El apostolado educativo es quizás la obra que más acciones conjuntas y comunitarias exige. Sobre el educando inciden, en efecto, influencias constantes y variadísimas, pero relativas. Cada una debe guardar cierta proporción. Cuantos trabajan en el apostolado educativo deben aquilatar la justa medida de su propia intervención, respetando la de los demás educadores.

De ahí que desde los primeros años de tirocinio se requiera promover formación y hábitos comunitarios. Es necesario elaborar la técnica del diálogo comunitario, el sentido de la relatividad de las personas, de su complementariedad y sobre todo la mística de la comunidad: Dios se descubre cuando varios edu-

cadorez creen en la presencia de Dios al interior de su trabajo apostólico en común.

Este artículo concluye intencionadamente con el siguiente texto de Congar. Es una síntesis riquísima de las implicaciones teológicas e incluso sico-sociológicas del trabajo apostólico en equipo. Sintetiza y supera cuanto sobre él hemos dicho en estas páginas. Invitamos al lector a leerlo y meditarlo despacio:

«La toma de conciencia de los problemas misioneros auténticos, y de las verdaderas necesidades reformistas, se opera más profundamente y mejor mediante las reuniones en común. Además en la Iglesia, y sobre todo en este plano de la caridad (...), el verdadero reformismo pide tal lealtad, tal pureza y tal transcendencia, que se conquistan y se afirman mejor cuando los hombres, fraternalmente, son como testigos y auxiliares los unos de los otros. Conforme, además, con las exigencias de la caridad, que es el corazón de la Iglesia, cuanto más comprometido se está en un trabajo reformista o crítico, más hay que asentarse en la vida fraterna, y aun sobre la vida en cuanto tal de la Iglesia (...). A Erasmo le faltó vivir y pensar más en la corriente, en la envoltura de la vida sacramental de la Iglesia; por esto intelectualizó demasiado su concepción de ésta, y se quedó en crítico, si no peligroso, al menos inquietante. La vida común y fraternal desempeña, a título inmediato, y como en escala reducida, el papel de control mutuo, de rectificación, de complementación que debe garantizar la vida de la comunidad del todo. Nuestros hermanos, en torno a nosotros, se revisten de una especie de representación virtual de toda la Iglesia. Muchas veces sus objeciones, sus asombros, sus rectificaciones, son precisamente aquellas que encontraríamos por parte de la gran comunidad católica. Concretamente, pues, podemos realizar en su contacto, y en el cuadro restringido de un intercambio en la escala humana, la experiencia bienhechora de la acción reductiva, rectificante y purificante de la comunión eclesial.

A menudo un hombre solo asegura el control de nuestros sentimientos y mediante él, el del cuerpo total. Es medio de evi-

tar peligros de una conciencia solitaria. Es testigo de los otros, de la Iglesia, de su tradición... Hay que percibir su aspecto eclesiológico, no sólo su beneficio personal. Ese hermano puede ser medio para ajustar el movimiento de un alma con el de la Iglesia, puede controlar la verdad católica. Es el hombre que actualiza la presencia virtual de toda la Iglesia. Representa para mí, en el fuero de la vida interior, la tradición, la totalidad de lo que ha vivido en el tiempo y el espacio. Por eso Teresa prefería, para director, a un teólogo sabio a otro que sólo fuera santo»⁷.

7. YVES M. J. CONGAR, O. P., *Falsas y verdaderas Reformas en la Iglesia*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1953, pp. 214-215.